

MOLINA GALLENT, CELIA LO QUE DICE, AGUILAR, 1932.

La literatura infantil española deberá agradecer siempre a Elena Fortún la creación de un personaje como Celia,

la niña rubia, espontánea, preguntona y rebelde, que, lejos del adoctrinamiento y la moralina que llenaban la mayoría

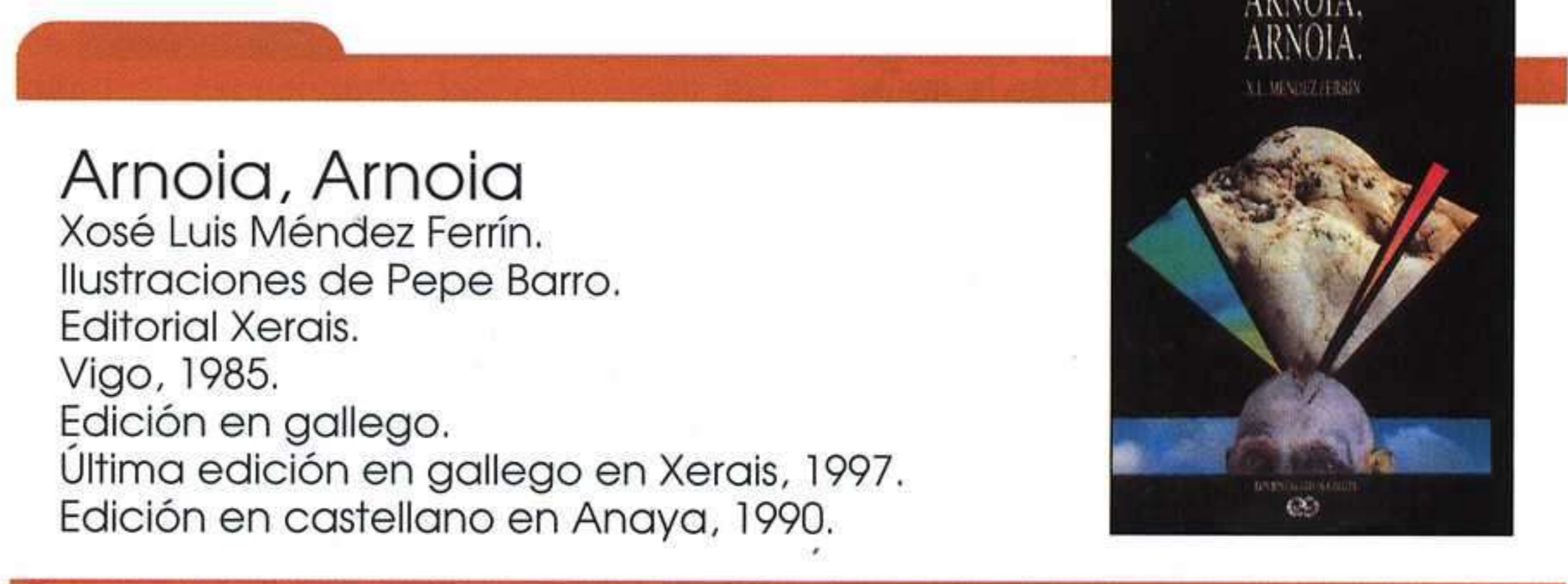
de los textos que se escribían para niños, aporta un aire nuevo en el que la imaginación, el humor y la fantasía son elementos primordiales. La vigencia de Celia se puso de manifiesto, hace pocos años todavía, con la magnífica acogida que tuvo la serie de Televisión Española dirigida por José Luis Borau, escrita por él mismo y por Carmen Martín Gaité y protagonizada por Cristina Cruz. ■

* **Pedro C. Cerrillo** es profesor de Literatura Española y Director del CEPLI (Centro de Estudios de Promoción de la Lectura y Literatura Infantil) de la Universidad de Castilla-La Mancha.

Todos fuimos Príncipes Secretos

por **Miguel Vázquez Freire***

Xosé Luis Méndez Ferrín (Ourense, 1938) es posiblemente en la actualidad el autor más prestigioso de la literatura gallega. Se dio a conocer inicialmente como poeta, dentro del grupo literario nacionalista Brais Pinto. Sus primeras obras en prosa supusieron una trascendental renovación de la narrativa gallega, introduciendo, por una parte, un personal objetivismo, inspirado en el *nouveau roman* francés y, por otra, una singular mezcla de realismo y fantasía, que tiene en Cunqueiro su más claro antecedente, pero que, en su caso, a menudo aparece vinculada con una clara opción reivindicativa de naturaleza política. A través de sus textos, Ferrín ha ido construyendo un universo literario perfectamente reconocible, que en muchas oca-



Arnoia, Arnoia

Xosé Luis Méndez Ferrín.
Ilustraciones de Pepe Barro.
Editorial Xerais.
Vigo, 1985.
Edición en gallego.
Última edición en gallego en Xerais, 1997.
Edición en castellano en Anaya, 1990.

siones se concreta en un espacio físico (Tagen Ata), claro trasunto de una Galicia cuya dependencia política y retraso económico denuncia. Tienen también un

relevante papel en la construcción de ese universo la integración de elementos tomados de diversos referentes mítico-literarios, entre los cuales el celtismo y la

tradición artúrica ocupan un lugar principal, y el uso de técnicas del relato de misterio y terror, esto último en especial en sus magníficos cuentos. Entre sus principales obras cabe citar *Con pólvora e magnolias* (1997, Premio de la Crítica), *Poesía enteira de Heriberto Bens* (1980) y *Estirpe* (1994), en poesía; *Perival e outras historias* (1958), *Retorno a Tagen Ata* (1971), *Amor de Artur* (1982); *Arnoia, Arnoia* (1985); *Bretaña Esmeraldina* (1987, Premio de la Crítica de Galicia), *Arraianos* (1991, Premio de la Crítica y Premio de la Crítica de Galicia) y *No ventre do silencio* (1999), entre sus obras en prosa.

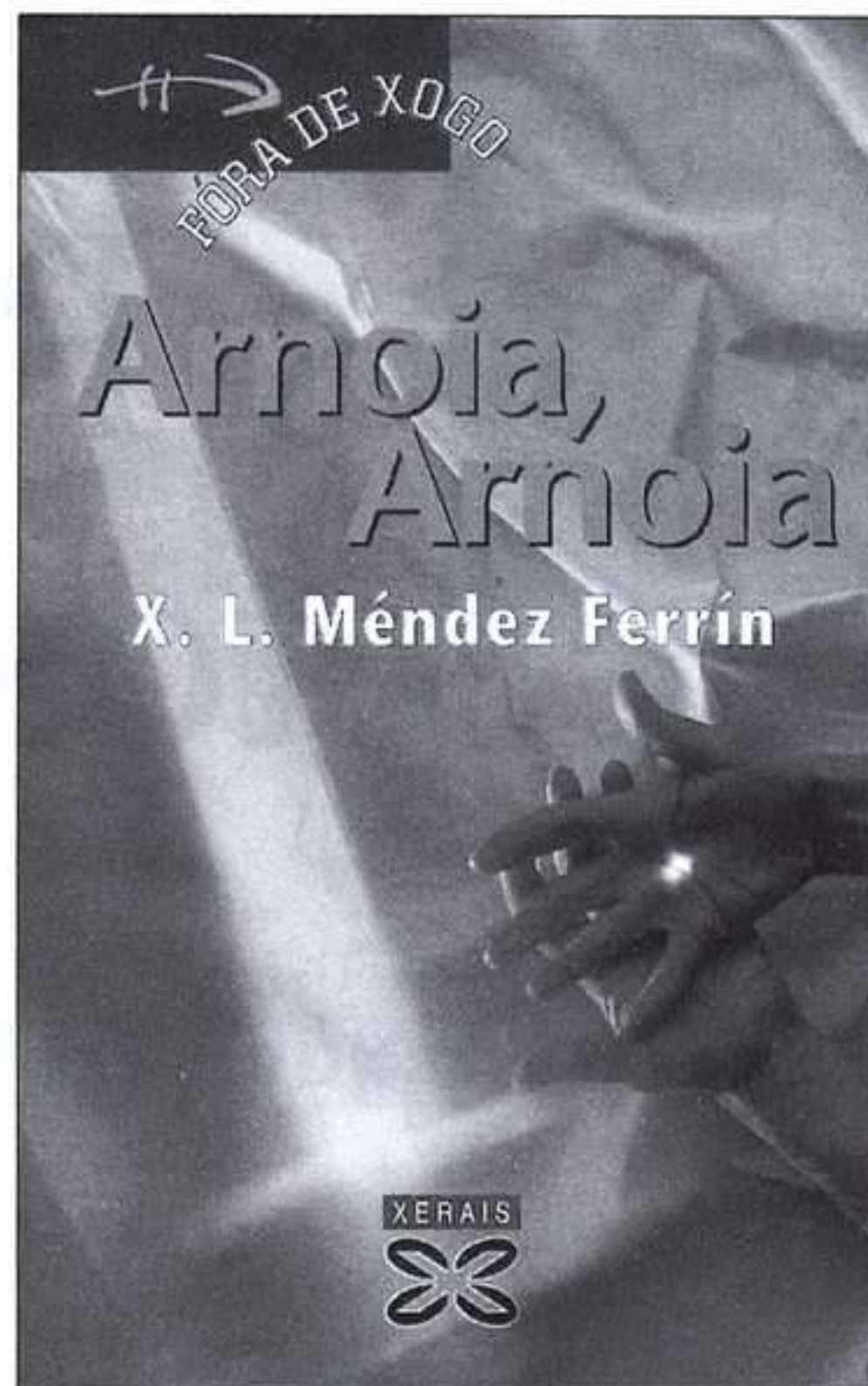
La obra

Nmógadah, joven de 16 años, ha sido hecho prisionero y, mientras es conducido lejos de su tierra, recuerda las palabras de su madre, quien, poco antes de morir, le recordó la importancia de la marca que llevaba en su mano derecha: la marca del Libredón. Gracias a ella, Nmógadah escapa de sus carceleros acompañado por un castrón, Mestre Lionel, con quien sólo él puede comunicarse, y que será su fiel colaborador en las aventuras que habrá de vivir en el camino de regreso a su patria, Arnoia. Para ello, deberá escapar del castillo del cruel Hannak Oberzen, recibir del gigante Grutaganka la espada Milmanda y del nómada Brandaberis el relato de las misteriosas ocho Palabras Retorneadas; enfrentarse a un pirata y escapar de las garras de las doncellas Finechrinn, señoras de la muerte, y por último, continuar su camino en solitario, separándose de sus mejores amigos. Al final, Nmógadah abre la puerta que le habrá de conducir a su querida Arnoia y... El lector deberá descubrir por sí mismo el inesperado final, que no sería razonable que desvelásemos aquí.

Escrito en un espléndido gallego, *Arnoia, Arnoia* es un relato iniciático que, bajo la forma de novela de aventuras, supone una compleja reflexión sobre la adolescencia. En este sentido, cabría decir que la novela propone dos lecturas, complementarias, pero quizá no accesibles simultáneamente para los lectores más jóvenes. Éstos —precisamente los



PEPE BARRO, ARNOIA, ARNOIA, XERAIS, 1985.



que aún no han cumplido los 17 años que cumplirá el protagonista en la última página del libro— seguramente verán en ella sólo una novela de aventuras, y quizá se queden decepcionados con el sorprendente final que, sin embargo, es la clave para reinterpretar todo el texto desde la perspectiva de la segunda y más difícil lectura. Opino que poco importa esa decepción y esta dificultad. Las mejores de entre las grandes obras de la literatura infantil y juvenil encierran esta capacidad de abrirse a lecturas cada vez más ricas y complejas a medida que el lector crece y retorna a ellas. De esta cualidad participa *Arnoia, Arnoia* y así,

los lectores más jóvenes que se acerquen a sus páginas (que en la edición gallega cuentan con unos logradísimos *collages* del diseñador Pepe Barro) disfrutarán con las aventuras fantásticas del Príncipe Secreto Nmógadah, del mismo modo que pueden disfrutar de cualquier otra novela o cómic del género «espada y brujería», con el cual el relato de Ferrín podría emparentarse. Se distancia de él, sin embargo, en que lo que en gran parte de los productos de este género deriva en tópicos y convencionalismos, aquí se presenta con una envoltura literaria de gran riqueza, llena de referencias cultas que conceden al texto una riqueza que reta a ese mismo lector y, desde luego, a cualquier otro más exigente, a seguir buscando, a ir más allá del texto al encuentro de otros significados. Insisto en que seguramente este segundo paso sólo lo dará el lector más formado, que muy bien puede ser el mismo lector primerizo que acude de nuevo al texto unos años después, para descubrir que también éste, como el propio lector, «ha crecido». Este segundo lector llegará por fin a descifrar la fuerza simbólica del tan sólo aparentemente decepcionante final. Y quizás, como el protagonista, se mirará en el espejo para descubrir su incipiente bigote y reconocer que, definitivamente, ya no es un Príncipe Secreto a la búsqueda de aventuras imaginarias. O, quizá más bien, como yo prefiero interpretar, volverá la mirada sobre las aventuras pasadas y descubrirá la reconstrucción simbólica de todos los temores que la adolescencia masculina (porque, aún no lo he dicho pero debe decirse: ésta es una novela iniciática masculina, apta también, desde luego, para ser leída y disfrutada por lectoras) arrastra: el temor a la muerte, el temor al compromiso amoroso, el temor a la mujer, a la vez deseada y concebida como amenaza. Pero también hay una simbología positiva: la fuerza de la amistad, la fidelidad al propio territorio, el amor materno que mantiene su aliento protector toda la vida, el deseo mismo de la aventura. Todos, como Nmógadah, fuimos Príncipes Secretos. Todos, seguramente, nunca quisiéramos dejar de serlo del todo. ■

* Miguel V. Freire es escritor, profesor de Filosofía y director de la col. Merlin (Xerais).